

LA IGLESIA

AVANZA

Onarmo

A través de los siglos. Para quien piense un momento en la Historia, se alza imponente una Institución: la Iglesia Católica. Institución viva que activamente interviene en el curso de los hechos y que constituye con frecuencia el centro de su gravitación. No es como una pirámide egipcia que surge inerte en medio del desierto, recuerdo perenne de un glorioso pasado. Es algo que se mezcla con nosotros; que nos sigue hablando, que nos guía y, como señora del tiempo, nos trae ejemplos del pasado, nos anima en el presente y señala rutas para el futuro.

En la vida de los pueblos, en sus alternativas, en su progreso y cultura, en sus inquietudes y catástrofes, su presencia se hace sentir. Y como algo vital, sin cambiar su misión y naturaleza específica, se va acomodando a las nuevas situaciones creadas por las circunstancias.

Todos hablamos hoy del problema social. Durante más de un siglo este fenómeno se ha ido acentuando y creando problemas en el seno de las sociedades. La fisonomía de los pueblos ha ido caracterizándose por ese aspecto. Y ha sido tal la fuerza de atracción, que ha arrastrado masas incontables, convirtiendo el social, en el primero de todos los problemas.

Entre las diversas soluciones no ha sido la cristiana la primera en imponerse con prácticas orientaciones y ello originó el gran escándalo del siglo XX; la apostasía de la masa obrera. Los que antaño se cobijaban bajo la torre de la Iglesia, hoy se agrupan a la sombra de las chimeneas y al sustituir el eco de las campanas por la estridencia de las sirenas y el blanco humo de los incensarios por el negro de los hornos, han trocado también la mentalidad espiritualista por la ideología materialista. La fuga ha sido casi total y el abismo creado entre la Iglesia y la fábrica casi insalvable. Esa es la realidad dura y

lacerante. La Iglesia la ha reconocido y a su difícil solución ha dedicado su energía y la abnegación de sus hijos.

La ONARMO. Al escribir estas líneas no pretendo enjuiciar otras soluciones, intentadas con mayor o menor éxito, en la cristianización de la fábrica. Diversas circunstancias y la situación misma de los obreros imponen con frecuencia soluciones que tal vez en otros medios resulten ineficaces y aun contraproducentes.

La ONARMO es la organización con que la Iglesia Católica trata de cristianizar la fábrica en Italia. Es la Opera Nazionale Assistenza Religiosa Morale Operai —ONARMO— que en castellano diríamos: Obra Nacional de Asistencia Religiosa y Moral para Obreros.

Un sacerdote, Fernando Baldelli, comenzó esta obra en los años siguientes a la primera guerra mundial y hoy acogida por la Iglesia se ha extendido a la nación entera. Su organización se desarrolla en un plano diocesano, regional y nacional, siendo sus elementos básicos, aunque no exclusivos, los Cappellani del Lavoro, los Capellanes del Trabajo, enviados a la fábrica con una misión del Obispo; misión estrictamente sacerdotal y que conserva ese carácter hasta en el vestido talar con que se presentan.

Los trabajadores entran en la fábrica llevando consigo una serie de problemas y, entre ellos, como el más grave, el moral y religioso. Como todo hombre, el obrero tiene incrustado en su destino temporal el destino eterno y en su vida humana la vida divina. He ahí una realidad innegable. Pero la solución que debería encontrarse en la parroquia, hoy por diversas razones, falla. Es, pues, justo y necesario que la parroquia penetre en el medio obrero. Con esa misión y representación está el Capellán del Trabajo, que no depende ni del patrono ni del obrero, sino directamente del Obispo y sostenido por él.

Como es natural, la formación ordinaria del Seminario, no es suficiente ni apta inmediatamente para esta labor. Hasta el carácter especial del medio ambiente de la fábrica reclama ciertas cualidades que no pueden presuponerse en todos. El ambiente laboral, sobre todo en la industria, es diferente del parroquial y aun entraña dificultades graves que pueden afectar seriamente su ideología y su moral. El mundo materialista ejerce en ese medio una ac-

ción casi irresistible; ni es imposible (los hechos lo han confirmado) que algunos convertidores hayan sido convertidos. Por eso, los Obispos tienen sobre ellos una atención especial; agrúpanse todos para el estudio de sus problemas; informan sobre nuevas iniciativas, se estudian éxitos, se analizan fracasos, se coordinan esfuerzos, se proyectan planes. Hay una solidaridad íntima entre los Capellanes que viene a estrecharse más con los Retiros y Ejercicios Espirituales, orientados hacia su labor especializada.

Hoy día la ONARMO, tras varios lustros de experiencia, cuenta entre los Capellanes del Trabajo con veteranos de espléndido historial. Pero previamente, desde un punto de vista teórico, se ha estudiado con minuciosos pormenores la psicología humana en el medio del trabajo, sus cualidades, sus defectos, sus reacciones. En mundo tan complejo se impone la creación de diversos organismos técnicos, auxiliares preciosos de la acción sacerdotal. De esta manera, hermanadas la experiencia y la ciencia, el Capellán entra en sus actividades con garantías de éxito. Mucho más, cuando los primeros pasos se van dando bajo la guía experimentada de un veterano. Así comienza desde el primer día, a enfocar el problema en su verdadera naturaleza: abarca a todos con el mismo espíritu, sin exclusiones ni preferencias. Es una universalidad perfecta. Se fija en el hijo de Dios y cuantos trabajan tienen el don de la filiación divina.

Actividades. Lo que en el mundo obrero fue un tiempo objeto de discusiones y oposición, hoy se mira con la mayor naturalidad, como solución práctica de un problema que, dentro del tradicional esquema de la parroquia, no se hallaba. El Capellán del Trabajo entra con frecuencia en la fábrica con los obreros y tiene allí su oficina. Ya sabe que su apostolado es difícil; que no puede hacerse a la idea de fáciles conquistas y mucho menos de conversiones en masa. El contacto será individual, lento y progresivo. Hasta deberá ingeniarse para establecer un principio de trato humano. En este sentido supe de casos admirables. Sacerdote ha habido que durante tres años ha luchado por entrar, hasta que por fin se le abrieron las cerradas puertas. Pero desde el saludo matinal que reclama la contestación por imperativo de cultura hasta el interés por el hijo enfermo o las vacaciones en la montaña para la hija débil o la solución de un problema que

atormenta, todo se ofreció al Capellán para ir poco a poco derritiendo el muro de hielo que interceptaba toda comunicación.

Oración y Caridad. La vida cristiana debe entrar en forma sencilla, pero en sus elementos esenciales. El hombre en la fábrica, entre centenares de compañeros, entre máquinas gigantescas, entre el vertiginoso rodar impreso por el vapor o la electricidad, se siente pequeño. Y más cuando ve que, a pesar del progreso, su vida está limitada en todos los sentidos; que con frecuencia el dolor y la tristeza lo envuelven para hacerle sentir su pequeñez entre tantas grandezas y su soledad entre tantos hombres. Hay que levantar los ojos al cielo; a Dios, el solo grande y el solo Padre. Hay que enseñar entonces a orar, como algo necesario, como algo humano, como algo digno del hombre. Hay que perfeccionar el trabajo ensanchando el cauce materialista para elevarlo a un orden moral y humano y luego sublimarlo al espiritual y divino. El obrero debe trabajar para hacer frente a las necesidades de la vida; pero más aún para desarrollarse en un sentido técnico y moral y sobre todo para santificarse. Ese contacto con la oración; ese diálogo con Dios es algo real, íntimo, personal que arraiga fácilmente en medio de la fábrica. Ello ha dado origen a núcleos del Apostolado de la Oración que actúan dentro de la fábrica con una sinceridad y sencillez que con frecuencia están ausentes en otros medios.

Peró el verdadero espíritu cristiano es caridad. Los primeros cristianos, vivo aun el recuerdo de su Maestro y el eco de su voz, llegaron a sentirse tan íntimamente unidos que parecían tener un solo corazón y una sola alma. Aquella sensibilidad ante el dolor ajeno era brote de una exquisita caridad.

Dentro de la fábrica se desarrolla intensamente el espíritu de solidaridad; la unión de los obreros se forma casi insensiblemente. La identidad de lugar, de ocupación, de problemas, de ideales, crea una afinidad psicológica y, por lo tanto, de solidaridad. Tal vez por esto, en ningún otro medio es la unión tan fácil y sólida. En su mayoría son sensibles los unos para los problemas de los otros y el dolor de uno halla fácil eco en los demás; eco que se traduce en generosa colaboración, aun dentro de las estrechas posibilidades económicas.

A la luz de estas ideas que reflejan

una realidad, no es extraño que en muchas fábricas, gracias al contacto e insinuaciones del Capellán, hayan brotado con vigor y prendido con pujanza las Conferencias de San Vicente de Pául. Pasan de sesenta (60) las que están funcionando con toda regularidad y otras cuarenta (40) están en vías de ser ascritas al Consejo General de la Sociedad, tras el período de pruebas que a todas se les exige... Allí, en plena fábrica, bien sea en el descanso de mediodía, o a la tarde, finalizadas las tareas, se agrupan los socios vicentinos y siguiendo estrictamente el Reglamento de las Conferencias, previa la oración y lectura del Evangelio, celebran su sesión, estudian los casos de los compañeros de trabajo, sin tomar en cuenta su ideología, tratan de ayudarlos con los medios más adaptados a sus necesidades (médico, clínica...) y con la ayuda de otras obras auxiliares que cooperan con el Capellán, se lleva a cabo una labor callada pero efectiva. Durante el bienio 1954-1955 la cantidad recaudada en esas Conferencias de San Vicente rebasó los veinte (20) millones de liras. Cantidad extraordinaria que nos habla del desprendimiento de los obreros.

Esas Conferencias en el seno mismo de la fábrica, con sus reuniones semanales, con sus visitas a las familias obreras, con el socorro oportuno y la compañía en el dolor, son testimonios de auténtico cristianismo, obligan a la reflexión, deshacen muchos prejuicios y comienzan por revelar la verdadera faz del espíritu cristiano. En un auténtico comunista, me dice un Capellán, no se opera la conversión pero comienzan inmediatamente importantes rectificaciones sobre la Iglesia en su conducta con el pobre y desvalido. Así las Conferencias de San Vicente arraigan en ese nuevo terreno que parecía estéril para toda tentativa de carácter cristiano y adquieren fresca actualidad.

Porque además, las actividades vicentinas no se han limitado a la estrechez de la fábrica. Han organizado fiestas, paseos, vacaciones en mar o montaña para los hijos de obreros; casa-cuna con espléndida organización, semanas de estudios para los obreros, excursiones culturales y Encuentros de Asís.

Bastan los datos apuntados y recogidos sólo en la región de Liguria para ver que el espíritu cristiano tiene su puesto en el ambiente trabajador. Los mil ciento diez y seis (1.116) socios vicentinos pueden ser sembradores de la verdad y justicia entre sus compañeros. Y no es que quede relegada a esto solo la acción y que otros aspectos del obrero, como el de la formación técnica, cultural, sindicación... se olviden; sino que quedan reservadas para otras organizaciones especializadas con las que el Capellán tiene estrechas relaciones.

Resultados. La ONARMO lleva trabajando varios lustros con creciente empeño. Ha sido táctica de sus dirigentes guardar prudente silencio y no hacer declaraciones hasta que la experiencia no haya consolidado la Obra. Tal vez no esté lejano el día en que tengamos una declaración oficial que, con datos más concretos y universales, ponga de relieve su verdadera fisonomía.

Entretanto queda mi agradecimiento especialmente empeñado con aquellos 35 Capellanes de Génova, que se mostraron generosos en satisfacer mi curiosidad, que me escucharon con crecido interés una Conferencia sobre Venezuela y con quienes departí efusivamente en fraternal ágape.

Alma del movimiento en la región ligura es Mons. Aurelio Torrazza que extremó sus delicadezas conmigo y verbalmente me dió cuantas explicaciones le pedía. Sean estas líneas testimonio público de mi agradecimiento para él y saludo fraternal para sus valientes cooperadores.

VICTOR IRIARTE, S. J.

